

LA HISTORIOGRAFÍA E IDENTIDAD

Marcela
Pomar Ojeda

“El mexicano no quiere ser ni indio ni español.
Tampoco quiere descender de ellos.
Los niega. Y no se afirma en tanto
que mestizo, sino como abstracción:
es un hombre. Se vuelve hijo de la nada.
Él empieza en sí mismo.”¹

Reflexionar sobre la identidad propia es, acaso, el cuestionamiento filosófico más profundo y antiguo del hombre. Definir el ser individual, el ser social y el ser histórico inaugura todo tipo de inquisición sobre el hombre, tanto en lo general como en lo particular. El “quién soy” y “para qué soy” representa una búsqueda continua de nuestra propia identidad; ésta se determina en base a los elementos sociales, culturales, materiales e históricos que nos rodean:

Se *es* gracias al grupo al cual se pertenece; éste es el sentido de la vida, tanto en el ser como en el quehacer; por ello la identidad se determina a partir de grupos étnicos, idiomas, religión, ideología y creencias; en una palabra, de valores compartidos (...) No decidimos por nosotros mismos quiénes somos, lo hacemos a través de la interacción

¹ Paz, Octavio. *El laberinto de la soledad*, Fondo de Cultura Económica, México, 1980, p. 79

social, de la lucha y del reconocimiento de nuestra existencia por parte de los otros.²

En este sentido, buscamos reafirmar nuestra existencia por comparación con otras identidades y, muchas veces, en franca oposición a ellas. Somos identidades colectivas vivas y cambiantes que se definen día a día en las dinámicas sociales a través de las cuales obtenemos un sentido de lo que somos.³

La historia de México en sus múltiples y complejos desafíos, luchas y disyuntivas, es muestra concreta del proceso de formación de la identidad o conciencia nacional. A través de su historia, pensadores y hombres ilustrados han intentado responder a las interrogantes fundamentales sobre lo que significa ser mexicano, comprender las condiciones del presente y plantear posibles caminos para el futuro.

Con esto en mente, pretendemos en las siguientes páginas mostrar el papel primordial de la historiografía mexicana en la conformación de una conciencia nacional y en la elaboración de un discurso integrador, partiendo de la fusión de las dos raíces étnicas, indígenas y españolas, bajo la fuerte influencia del yanquismo en la búsqueda de este proyecto nacional. En base a ello subrayaremos la tras-

endencia del trabajo del historiador como intérprete del pasado, integrador del presente e iluminador de un futuro que encuentra su rumbo en la búsqueda de la verdad histórica; propondremos la seria reflexión sobre su labor como vínculo esencial entre el pensamiento académico de las élites intelectuales y el medular y cotidiano sentir del pueblo (pluricultural, por cierto), el cual hoy en día enfrenta la urgente necesidad de fortalecer —o reincorporar— sus valores históricos y sociales.

En Europa, para el siglo XVIII, la idea de nación empezaba a concretarse. Ésta era, según F. Chabod, “un hecho espiritual; la nación es, ante todo, alma espíritu y, muy secundariamente, materia corpórea; y mucho más individualidad espiritual, antes que entidad política.”⁴ Hacia mediados del siglo XIX, la cultura europea presenta el concepto modelo de nación como aquel espacio delimitado por fronteras naturales, poblado por hombres que hablan el mismo idioma y que practican la misma religión; unidos por un mismo sentimiento bajo el gobierno de un Estado que los administra y concede ciertos derechos a las minorías; y en donde la libertad y la democracia enarbolan las garantías de los ciudadanos.⁵ Y este modelo, aunque en la práctica real nunca se vivió con tal perfección, llegó a México. Aquí germinaron las ideas europeas trasplantadas que hablaban de una nación

2 <http://www.insumisos.com/lecturasinsumisas/LA%20IDENTIDAD%20NACIONAL%20MEXICANA%20COMO%20PROBLEMA%20POLITICO%20Y%20CULT.pdf> consultado el 28 de marzo de 2011. Enrique Alducin en María de la Luz Casas Pérez, *La temática y el quehacer implícitos en la reflexión de este siglo, México, 1999.*

3 *Ibíd.*

4 Ruggiero, Rumano. “Consideraciones alrededor de nación”, en Blancarte, Roberto. *Cultura e Identidad Nacional, Fondo de Cultura Económica-Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, México:2007, pp. 35-36.*

5 *Ibíd.* p. 43.

universal a la cual había que aspirar. En pos de ello, las diversas corrientes políticas encaminaron sus esfuerzos tendiendo, ya al liberalismo democrático, ya al conservadurismo monárquico. De hecho, durante todo el siglo XIX la historia de México se caracterizó por carecer de un proyecto nacional unificador que guiara hacia la consolidación de un Estado nacional, entendiendo al proyecto nacional como “el punto en el cual convergen pasado y presente en vista de una realización futura” que conoce y cuenta con todas las fuerzas reales de la nación.⁶ Es en ese punto que se hacen los primeros cuestionamientos en términos historiográficos por saber qué es lo mexicano y cómo se define. El hecho de no encontrar en nuestro país una homogeneidad en cuanto a lengua, raza, religión, origen, generó —para los actores políticos— evidentes obstáculos en la realización de la nación “ideal”. En este sentido, es interesante notar que fueron los intelectuales los primeros en plantear la necesidad de definir la conciencia nacional mexicana, y que ésta dio sus primeras manifestaciones como fruto de un esfuerzo intelectual preciso e intencional.⁷

De cualquier forma, es notorio que, desde sus inicios, la conformación de esta identidad nacional contó con materia prima disímil: las razas indígena y española. Por ser los primeros pobladores de estas tierras, se considera a los indígenas auténticos baluartes de la esen-

cia de la mexicanidad y, por ello, elementos indispensables en la formación de esta conciencia nacional. Sin embargo, no podemos dejar de reconocer que en la práctica, el indio fue y ha sido reivindicado y valorado sólo en el plano de lo ideal, como imagen mítica o ente abstracto, para legitimar causas o justificar proyectos; pero el indio real, el de carne y hueso, el que verdaderamente debería ocuparnos, ha sido víctima de la marginación, el desprecio y el olvido. Este elemento indigenista, pues, conformó una de las más importantes tendencias historiográficas en oposición al segundo elemento que es el hispano. En cuanto a éste, entre los primeros cronistas hay una actitud ambigua, tanto de desprecio como de admiración; desprecio por el enfrentamiento cruel y despiadado que significó la conquista, y admiración por la cultura y el desarrollo hispanos. Como parte de este elemento encontramos al catolicismo, esencial en la consolidación de un pensamiento conservador que logró unificar al pueblo en torno a la figura de la “madre”⁸ de los mexicanos. Esto fortaleció y legitimó la lucha contra las prácticas politeístas, así como contra el posterior expansionismo protestante estadounidense. Es importante mencionar que, como lo advirtió José María Vigil, historiador del siglo XIX, las pugnas por los distintos pasados del país impidieron por mucho tiempo la formación de una identidad común entre los mexicanos:

6 *Ibid.* 43.

7 Blancarte, Roberto. *Op. Cit.* p. 19.

8 Véase: “Los hijos de la Malinche” en Octavio Paz, *Op. Cit.* p. 59. donde se abunda más sobre el tema.

Un sentimiento de odio al sistema colonial nos hizo envolver en un común anatema todo lo que procedía de aquella época, sin reflexionar que sean cuales fueren las ideas que sobre ello se tengan, allí están los gérmenes de nuestras costumbres y de nuestros hábitos, y que su estudio, en consecuencia, es indispensable para el que quiera comprender los problemas de actualidad. Un sentimiento de otra naturaleza, un sentimiento de desprecio legado por los conquistadores hacia las razas vencidas nos ha hecho ver con supremo desdén todo lo relativo a las civilizaciones preexistentes en el nuevo Mundo a la llegada de los castellanos, sin tener en cuenta que para explicar la condición de esas razas, para penetrar en su carácter y resolver su porvenir, es preciso ir más allá del periodo colonial, estudiar esa barbarie, que por más que se afecte despreciar, vive y persiste entre nosotros, constituyendo el obstáculo más formidable para el establecimiento de la paz y del desarrollo de los elementos benéficos.⁹

Como tercer elemento, de hecho el último en aparecer, encontramos al yanquismo, ante el cual existe una profunda ambigüedad: para muchos mexicanos de todas las clases sociales el modelo estadounidense representa un modelo atrayente para seguir; para otros, una continua amenaza. En este

caso, la tendencia de los liberales, que pretendía imitar en su forma de Estado al vecino del norte, pronto se vio eclipsada por la descarada actitud expansionista norteamericana que para finales de 1847 había dejado al país devastado moral, política y económicamente. Los conservadores, por su parte, oponían el concepto de “lo nuestro”, esto es, catolicismo y corporativismo ante lo que consideraban “extraño”, es decir, individualismo y liberalismo, aunque no dejaban de admirar en el vecino septentrional la solidez de sus instituciones. En otras palabras, la influencia norteamericana en la política, en la economía y en la cultura nacionales se hicieron evidentes a partir del siglo XIX tanto en las pugnas entre liberales y conservadores, como en las clases sociales que aceptaron ese *american way of life* en oposición a nuestras “costumbres nacionales”¹⁰, conformando este elemento una nueva síntesis en el proceso dialéctico de la formación de la identidad nacional mexicana.

Fueron precisamente estos factores sociales los que amalgamados y fundidos en el crisol de la historia dieron pauta para la creación de historiografías que poco a poco intentaron conformar el discurso integrador del país. Desglosaremos brevemente algunas de estas etapas historiográficas:

1) *Encuentro de dos mundos*. A raíz del descubrimiento de América —invención o en-

⁹ <http://www.inep.org/content/view/3574/100>, consultado el 28 de marzo de 2010. Florescano, Enrique. *México a través de los siglos. Un nuevo modelo para relatar el pasado*, La Jornada Virtual 2002.

¹⁰ Blancarte, Roberto. *Op. Cit.* pp. 20-23.

cuentro— el concepto humanista del “buen salvaje” y la “edad de oro” encontraron su máxima expresión en la imagen del manso, hermoso y elocuente salvaje isleño que describe Pedro Mártir de Anglería (1457-1526), o en las “gentes ingeniosas, bien proporcionadas, como calcas de estatuas antiguas, tímidas y espléndidas, inocentes, de bonísima fe y dadivosas”¹¹ que ve el almirante Colón (1451-1506). Por otro lado, sin embargo, pronto apareció la cara opuesta del indígena: el mal salvaje fiero, indómito, caníbal, guerrero y bestial. Para Cortés existe un abismo entre el indio y el español, por lo que su empresa se constituye en *purificar* para permitir la convivencia entre ambas culturas en base, lógicamente, al molde español. Fray Bernardino de Sahagún (1499-1590), por ejemplo, se propuso rescatar a los “pobres indios” de las garras del demonio una vez que éstos hubieran recibido su justo castigo a través de la sana conquista española. Su principal arma, la *Historia general de las cosas de la Nueva España*, haría posible el triunfo del bien sobre el mal. Juan Bautista Pomar (1535-1590) es un ejemplo de mestizo (padre español, madre indígena hija de Netzahualpilli, último gobernante de Texcoco) que transmite en su *Relación de Texcoco* una documentación sobre las historias populares, serias reflexiones sobre indígenas y españoles y su percepción sobre los procesos de colonización y aculturación. De esta

manera, a través de una valiosísima información que los historiadores españoles no hubiesen podido descubrir, Pomar se posiciona entre conquistadores y conquistados.¹²

2) *Indigenismo criollo*. Para el siglo XVII, el humanista Carlos de Sigüenza y Góngora (1645-1700) en su obra *Theatro de virtudes políticas* ofreció al nuevo virrey, con motivo de su llegada, no los modelos clásicos ni los hechos heroicos de la historia española, sino los dechados de virtudes políticas de los antiguos tlatoanis mexicanos. Con ello manifestó una evidente inclinación hacia lo propio y amor por la tierra en que nació, iniciando así una nacionalidad fundada en el pasado común. Lorenzo Boturini (1698-1755), en su *Historia*, ofrece una historia indígena que inserta en la perspectiva general del mundo, de tal forma que la historia de la nación azteca resulta una historia más, como la de Grecia o la de Roma. De hecho, extrae del mundo clásico los mejores ejemplos para enraizarlos en el mundo náhuatl. Este trasplante intencional da fin al satanismo del mundo indiano liberándolo así de sus estigmas esclavizadores. Francisco Javier Clavijero (1731-1787), jesuita veracruzano, en su *Historia Antigua de México*, ofrece un discurso filosófico en el que defiende al indígena mediante la razón, apoyándose históricamente en fuentes

11 Ortega y Medina, Juan A. “Indigenismo e hispanismo” en Roberto Blancarte, *Op. Cit.* p. 70.

12 <http://www.ucm.es/info/especulo/numero45/jbpomar.html>, consultado el 27 de marzo de 2010. Aldao, María Inéz. “Pomar, el sujeto cercenado”, *Espéculo. Revista de estudios literarios*. Universidad Complutense de Madrid, 2010.

que él considera fidedignas. A través de su obra, Clavigero defiende a los indígenas de todas las acusaciones calumniadoras y eleva a un nivel de ideal los valores civilizadores de las culturas prehispánicas: artes, ciencias, técnicas, gobierno, y las equipara al mundo clásico antiguo. Además, rechaza la intervención diabólica en estas civilizaciones y dice: “Toda la historia antigua de los mexicanos y peruleros da a conocer que saben pensar y ordenar sus ideas, que son sensibles a las pasiones humanas, y que los europeos no han tenido otra ventaja sobre ellos que la de ser mejor instruidos”.¹³

3) *Criollos independentistas*. La idea que para los españoles legitimó la conquista y apropiación de América fue la evangelización de los indios y la propagación de la fe católica. Sin embargo, para Fray Servando Teresa de Mier (1765-1827), la religión de los indígenas, considerada por los españoles como satánica no era “sino un cristianismo transformado por el tiempo y la naturaleza equívoca de los jeroglíficos”¹⁴ y defendía la idea de que los dioses prehispánicos no eran otros que la deidad cristiana metamorfoseada, junto con santo Tomás y sus discípulos. En otras palabras, que la religión de los antiguos mexicanos que los frailes de los siglos anteriores habían satanizado, había sido

malinterpretada por la “miserable y trágica alucinación en las mentes encendidas por el celo misional o por la codicia aventurera”¹⁵ Con esta aseveración, el padre Mier redimió del satanismo idolátrico al pasado indígena y enalteció al indigenismo como elemento constitutivo del ser histórico. Para 1810 surge un pueblo revolucionario que después de once años de luchas insurgentes adquiere la calidad de independiente. Entre los forjadores de este nuevo orden, las tendencias se radicalizaron hacia los liberales y conservadores. Éstos manifestaban su apasionamiento por el pasado español admirando todo lo hecho en la Nueva España hasta entonces, desechaban las reliquias del pasado prehispánico y consideraban a Cortés un conquistador heroico; para los primeros, la época colonial no pertenecía a la historia nacional, pues los 300 años de usurpación y oscuridad debían ser olvidados para continuar así con la historia nacional interrumpida brutalmente en 1521. Carlos María de Bustamante (1774-1848), historiador de la insurgencia, fue uno de los representantes más apasionados del orgullo patriótico y estuvo convencido de la necesidad de olvidar el pasado inmediato colonial. Consideraba que la desafortunada conquista de 1521 había impedido el progreso de los mexicanos, y que ahora el México independiente podría emprender de nuevo el vuelo sobre los valores profundos del mundo prehispánico.

13 Clavigero, Francisco Xavier. *Historia Antigua de México*, Factoría Ediciones, México, 2000, p.45

14 Villoro Turanza, Luis. *Los grandes momentos del indigenismo en México*, Colegio de México-Fondo de Cultura Económico, México, 1996, p. 131.

15 *Ibid.* p. 132.

4) *Facciones políticas e indigenismo*. Manuel Abad y Queipo (1751-1825) escribe en 1799 una representación acerca del “estado moral y político en que se hallaba la población del virreinato de la Nueva España”¹⁶. En ésta manifiesta que el grupo indígena, que conformaba los nueve décimos de toda la población –calculada entonces en cuatro millones y medio de habitantes– tenía a su favor cierto número importante de beneficios que, lejos de ayudarlos, los entorpecía, dejándolos incapaces en su lucha por la vida. Y propone la necesidad de cambiar la legislación de indios “para levantarlos de su miseria, reprimir sus vicios y estrecharlos con el gobierno”¹⁷. Don José María Luis Mora (1704-1850), sacerdote liberal, político, periodista e historiador, argumenta en su *México y sus revoluciones* que las desgracias de estos miserables indios “empezaron con el descubrimiento de América”¹⁸. Considera que el aislamiento social del indio fue lo que hizo fracasar la política de Indias al mantener la congelación del indio como eterno menor de edad y que, al quedar desligado de la protección paternalista española, no pudo ejecutar una defensa propia porque no sabía cómo hacerlo. Don Lorenzo de Zavala (1788-1836), en su obra *Ensayo histórico de las revoluciones de México, desde 1808 hasta 1830* afirma que

tres quintos de la población mexicana eran indios que vivían en la miseria, y considera que el modelo estadounidense respecto a los indios es el que debía seguirse en México: una política de extinción como la realizada entre sus admirados *yankees*.¹⁹ El gran historiador Don Lucas Alamán (1792-1853), conservador e hispanista, en sus obras *Disertaciones e Historia de México*, expone su radical hispanismo al considerar que todo lo que era valioso dentro de la cultura mexicana se lo debían a la conquista y a la evangelización, por lo que lamenta la Independencia.²⁰ Por otra parte, para él, las culturas precolombinas carecen de importancia o atractivo, aunque acepta que los mestizos conformaban la parte más importante de la producción artesanal, por su laboriosidad.

5) *La posguerra*. Tras la amarga guerra con Estados Unidos y la subsecuente crisis en el pensamiento mexicano, se llevó a cabo una seria reflexión acerca de la realidad nacional. La derrota y pérdida de más de la mitad del territorio nacional provocaron cuestionamientos sobre la falta de cohesión nacional, llegando a preguntarse si podía incluso hablarse de la existencia de una nación. El desenlace de esta guerra había dejado una cicatriz indeleble en los mexicanos²¹ y esto se reflejaba en la prensa en general. Las di-

16 Representación incluida en Heriberto Moreno, *En favor del campo*, Secretaría de Educación Pública, México, 1986, pp. 123-134. (*Cien de México*)

17 *Ibíd.*

18 Mora, José María Luis, *Obras completas*, Secretaría de Educación Pública, México, 1986, tomo IV, p. 135.

19 Ortega Medina, Juan A. “Indigenismo e hispanismo”, en *Blancarte, Roberto. Op. Cit. p. 97*

20 *Ibíd.* 102

21 *Ibíd.* p. 115.

ferentes posturas políticas, divididas en liberales (moderados y radicales) y conservadores manifestaban su agitación en un sinnúmero de revistas, panfletos y periódicos. El periódico *El Universal* fue el órgano de difusión de los conservadores, iniciando el 16 de noviembre de 1848. Entre sus colaboradores destacaban Lucas Alamán e Ignacio Aguilar, con Rafael de Rafael como responsable. Por otra parte, el *Monitor Republicano*, iniciado en 1846, era la voz de los liberales radicales y contaba con las participaciones de Francisco Modesto Olaguíbel, José María Lafragua, Ponciano Arriaga y Juan Nepomuceno, entre otros. El editor era Vicente García Torres. *El Siglo XIX*, portavoz de los liberales moderados, inició su publicación en 1841 y en él colaboraban Mariano Otero, Guillermo Prieto, Ignacio Ramírez y Francisco Zarco, etc. Su director fue Ignacio Cumplido, teniendo este diario la mayor difusión en la capital así como a nivel nacional e internacional. En estos tres diarios, los pensadores más importantes plasmaron sus ideas en páginas editoriales donde abundaba la polémica, las recriminaciones y los ataques sin piedad contra el adversario²², así como continuas propuestas y búsquedas por encontrar un sentido al ser nacional justificando el presente en los distintos pasados históricos. Esto en el ámbito de las publicaciones periódicas. Por otra parte, en la década de 1860 existía una idea que ya venía de

tiempo atrás sobre la necesidad de escribir una historia general del país.²³ Manuel Larraínzar expuso en la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística en 1865:

...fácilmente se concibe cuán importante y necesario es que entre nosotros, los hombres ilustrados consagren todos sus esfuerzos a dotar a México de una *Historia General*, en que, reuniéndose todos los materiales que existen, reunidos ya y ordenados algunos, dispersos otros y muchos sepultados en los archivos, se escriba bajo un plan bien combinado, en que prevalezca la unidad de pensamiento...²⁴

No fue casualidad que en los años posteriores a la posguerra se editaran obras que buscaban dar a conocer que los mexicanos no sólo compartían un ámbito geográfico común, sino un pasado histórico y unas tradiciones dignas de ser orgullo compartido. La primera de estas obras fue el *Diccionario universal de historia y geografía*, editado en 1856 con la participación de un buen número de intelectuales de la época como José Fernando Ramírez, José María Lafragua, Anselmo de la Portilla, Manuel Orozco y Berra, Guillermo Prieto, Manuel Payno, Joaquín

22 *Ibid.*, p. 114.

23 Pi-Suñer Llorens, Antonia. "Historiografía mexicana." en *Busca de un discurso integrador de la nación, 1848-1884*, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1996, vol. 4, p. 9.

24 Larraínzar Manuel. "Algunas ideas sobre la historia y manera de escribir la de México", en *Ortega y Medina, Juan Antonio. Polémicas y ensayos en torno a la historia*, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1970, p. 161.

García Icazbalceta y Francisco Zarco.²⁵ En la introducción del *Diccionario* quedó plasmado su sentimiento nacionalista:

[...] cuando por todas partes del mundo se nos desconoce y se nos calumnia; cuando nosotros mismos no sabemos ni nuestros elementos de riqueza, ni nuestras esperanzas de progreso, ni nuestros recuerdos tristes o gloriosos, ni los nombres que debemos respetar o despreciar; una obra que siquiera ensaye pintar todo esto, que intente reunirlo en una sola compilación, que se proponga juntar las piedras dispersas de ese edificio por formar merece incuestionablemente la aprobación y el apoyo de cuantos han nacido en este suelo.²⁶

Este *Diccionario* constó de diez tomos donde se sistematizaron por primera vez todos los conocimientos que se tenían sobre México con la idea de “levantar un monumento glorioso para el país en que vimos la luz y acopiar los materiales que han de servir para nuestra historia”.²⁷ Desafortunadamente la obra no tuvo el éxito esperado pues contó para su publicación casi sólo con las fuerzas de sus colaboradores. De estos autores, casi todos ellos fueron considerados “hombres de letras” con actividades multifacéticas: lo mismo escribían poemas que hacían traducciones, redactaban textos his-

tóricos que obras teatrales²⁸ y, sin embargo, en el momento en que vivieron a pocos se les reconoció como historiadores. Manuel Orozco y Berra (1818-1881) y José Fernando Ramírez (1804-1871) se dedicaron al rescate del México prehispánico. En cuanto a su actividad, éste último refiere que:

No aspiro más que a facilitar intelectual y pecuniariamente, el estudio de nuestras antiguas noticias, hoy dispersas y embrolladas en varios escritos, algunos bastante caros, o raros. Me he fijado en aquel pensamiento para que pudiendo ahorrar, a los que me sucedan, el tiempo que yo he invertido en acopiar y digerir las noticias, lo inviertan en avanzar y mejorar la ciencia.²⁹

Estos mismos escritores, junto con Joaquín García Icazbalceta (1825-1894) realizaron una invaluable labor al salvar archivos de los conventos destruidos a raíz de la ley de desamortización de bienes del clero en junio de 1856. De las fuentes perdidas, Icazbalceta escribió:

Si ha de escribirse algún día la historia de nuestro país, es necesario que nos apresuremos a sacar a luz los materiales dispersos que aún puedan recogerse, antes de que la injuria del tiempo venga a privarnos de los poco que ha respetado todavía.³⁰

25 Pi-Suñer Llorens, Antonia. *Op. Cit.* p. 15.

26 *Ibid.* p. 10.

27 *Ibid.* p. 15.

28 *Ibid.* p. 14.

29 *Ibid.* p. 23.

30 *Ibid.* p. 23.

Por su parte, Ignacio Manuel Altamirano (1834-1893) celebró el impulso que se le empezaba a dar a la historia patria en el sistema educativo y en cursos comentando lo siguiente:

Nosotros quisiéramos que un triple número de los discípulos actuales asistieran a estas sabias lecciones, que, no lo dudamos, van a tener una gran trascendencia en nuestra literatura histórica.

Hay algo más para los jóvenes estudiosos de México que hacer versitos y novelas. Hay la historia, que nos brinda sus ricos tesoros desconocidos y que cuando se exploten enriquecerán al mundo, como lo han enriquecido los metales de nuestras minas.³¹

La concepción progresista de la historia de esta época buscó la manera de presentar un discurso integrador de la nación concibiendo al ser nacional como la suma y no como el antagonismo del pasado prehispánico y del colonial. Se conceptuó, entonces, a la conquista como un paso doloroso pero inevitable en la evolución de la nación mexicana. Ello sentaba la idea de que el mestizaje era conformador de la identidad nacional. Manuel Payno (1810-1894) comentó:

los hijos de las Américas españolas... nunca deberán de renegar de su origen y antes bien, [podrán] envanecerse de ser el producto de

dos civilizaciones y de dos razas extrañas que brillaron por su valor y por su poder.³²

En sus *Estudios sobre la Historia general de México* (1875-1877), el zacatecano Ignacio Álvarez realizó por primera vez esta necesaria empresa de manera completa en seis tomos con una división temática que fue la misma que luego siguieron los autores de México a través de los siglos: historia antigua, la Conquista, el gobierno virreinal, la guerra de Independencia, los gobiernos mexicanos después de la Independencia, la Reforma y el Imperio. Álvarez comenta cuál es el objetivo que busca al escribir esta historia general:

Nunca puede amarse debidamente un objeto desconocido: y será tanto mayor el amor que se le tenga, cuanto más se conozcan sus glorias y sus desventuras. Por esto, sondeando el mar borrascoso de nuestras vicisitudes, se conocerá más a fondo la causa de las miserias que padecemos y en proporción se irá aprendiendo el medio de curarlas, con el cual habremos dado el primer paso en el camino del bienestar.³³

Hasta este punto, ninguna de las obras que hemos mencionado reunía los requisitos para ser considerada como el discurso integrador de la nación, aunque sí expresaban de manera auténtica el pensamiento y la preocupación de gente ávida de una integración

31 *Ibid.* p. 26.

32 *Ibid.* p. 26.

33 *Ibid.* p. 28.

nacional. Sin embargo, con el crecimiento económico y la paz generada por la política de Díaz que logró al construir el primer Estado nacional fuerte y moderno del siglo XIX,³⁴ para el año de 1881 salió a luz en España y México la monumental obra de corte liberal *México a través de los siglos* síntesis del desenvolvimiento “social, político, religioso, militar, artístico, científico y literario de México desde la antigüedad más remota hasta la época actual”³⁵. Bajo la dirección de Vicente Riva Palacio (1832-1896) y la editorial Ballesca y Cia., esta obra “*imparcial y concienzudamente escrita en vista de cuanto existe de notable y en presencia de preciosos datos y documentos hasta hace poco desconocidos*” reunió tres cualidades principales. En primer lugar, integró pasados antagónicos en un discurso unificador entre el mundo prehispánico y el virreinato, y a éstos con la guerra de Independencia, los primeros años de República y la Reforma: fue un puente conciliador entre el conflictuado presente y los distintos pasados del país. De esta manera, el mundo prehispánico quedaba, según observó Edmundo O’Gorman consustancialmente vinculado al devenir nacional. La segunda virtud de esta obra consistió en dar a cada uno de los periodos históricos la calidad de procesos evolutivos en pos de la anhelada integración nacional, los cua-

les cumplían con las “leyes inmutables del progreso”; de modo que la lenta fusión de la población nativa con la europea y su integración en el territorio dieron como síntesis la fundación de la República. En tercer lugar, esta obra aportó un nuevo método de exposición de la historia: resumió el conocimiento almacenado por los estudiosos y lo expuso en un lenguaje atractivo, acompañado de 2000 magníficas ilustraciones, entre cromos, grabados, paisajes, representaciones de armas, de objetos, de arte, jeroglíficos, etc. El primer volumen aborda la “Historia antigua y de la Conquista” y fue realizado por Alfredo Chavero; en éste describe los orígenes prehispánicos y los primeros grupos étnicos que poblaron el territorio mexicano. El tomo segundo “El Virreinato”, elaborado por Riva Palacio, describe la conquista, las instituciones europeas y el largo proceso que durante tres siglos representó el establecimiento de una nueva cultura y la fusión de dos visiones del mundo. El tercer tomo “La Guerra de Independencia” escrita por Julio Zárate encuentra las causas del estallido insurgente en los tres siglos precedentes, así como lo considera un proceso necesario para el surgimiento del México moderno. El tomo 4 “México Independiente” fue realizado por Juan de Dios Arias y Enrique Olavarría y Ferrari, y el quinto “La Reforma” fue escrito por José María Vigil.

De esta manera, y contando con un público lector atraído por el atractivo y contenido de las páginas, ésta se convirtió en la expre-

34 <http://www.inep.org/content/view/3574/100>, consultado el 28 de marzo de 2010. Florescano, Enrique *Op. Cit.*

35 Riva Palacio, Vicente. *México a través de los siglos*, Editorial Cumbre, México, 1975, portada.

sión del anhelado discurso donde anclar el pasado y proyectar el futuro, el que parecía restituir a la nación sus diversas etapas en un lenguaje cohesivo y optimista. *México a través de los siglos* llegó a ser la arena de las interpretaciones históricas, la escritura que hizo comprensible el surgimiento de la nación y el abrevadero que nutrió a los ciudadanos para formular su propia opinión sobre la situación política y social de su tiempo. Sin embargo, no podemos dejar de considerar que con la inauguración de esta historia oficial, se dejó de escuchar una pluralidad de voces e interpretaciones que durante todo el siglo XIX enriquecieron el pensamiento del pasado nacional.³⁶

Conclusiones

Hablando de nuestros tiempos se ha dicho: “...se trata de una crisis que pone en peligro nuestra identidad y la vida de la nación como soberana e independiente. En efecto, nuestra sociedad está en vilo pero de manera bastante sutil y complicada. No se trata de tomar las armas y luchar contra un invasor, sino de tomar conciencia, en primer término, de que hemos perdido el control de nuestro proyecto histórico como nación”.³⁷ Sobre esto habría que reflexionar si nuestro país efectivamente ha logrado tener — en algún momento — de manera sostenida

y fundamentada, un proyecto de nación. Es decir, un camino trazado que teniendo identificadas nuestras destrezas y flaquezas, nuestros recursos y rezagos, nuestras victorias y fracasos y, sobre todo, nuestra propia esencia e historia, marque un rumbo seguro y continuo a la nación. A lo largo de sus doscientos años de vida independiente, nuestro país ha salido adelante en su camino, siempre contando con un pueblo grande y generoso; sin embargo, la realidad nos muestra que esto no ha sido suficiente para unificar los esfuerzos en un proyecto que vincule a los diversos grupos sociales y logre su desarrollo armonioso. No podemos olvidar que México es un país con una multiplicidad étnica donde existen graves diferencias culturales y económicas no resueltas hasta la fecha. Adicionalmente, en este siglo de globalización, las culturas dominantes (llámese Estados Unidos u otras), irrumpen en nuestros hogares a través de los medios de comunicación enfrentándonos a costumbres, tradiciones y concepciones ajenas a la propia, lo cual impacta directamente en la toma de conciencia de nuestras diferencias, o sea de nuestra identidad.

Ante ello, el trabajo del historiador adquiere una especial relevancia pues su labor parte originalmente del conocimiento propio del ser, tanto en lo personal como en lo colectivo. En palabras de José Sará-mago: “El trabajo del historiador es un esfuerzo de autoconocimiento porque se tiene una conciencia intensísima y dolorosa del

36 Pi Suñer-Llorens Antonia, *Op. Cit.* p. 30.

37 <http://132.248.35.1/cultura/ponencias/pon9.htm>, consultado el 26 de marzo de 2011. Bejar, Raúl y Rosales, Hector, *El pensamiento mexicano en el siglo XX*.

presente”³⁸. De allí que el oficio de historiar, más allá de de hacer grandes o complejas historiografías, radica en estrechar los vínculos entre las generaciones, reconocer e incorporar el verdadero sentir popular como parte de la cultura y propagar el conocimiento histórico –en su vasta, hermosa, impresionante y multicolor urdimbre- de manera que pueblos y gobiernos beban de este manantial para provecho individual y general. Definir la identidad nacional o determinar hasta qué punto se ha desarrollado, o si existe como sentimiento auténtico y proactivo entre la población, es cosa difícil de lograr. Sin embargo, corresponde al historiador, al genuino historiador, el desafío de cerrar los espacios en los modos en que la propia comunidad se relaciona con su pasado, revelar la incontestable creatividad de los hombres y mujeres que cotidianamente producen y han producido nuestro mundo, y establecer puentes hacia un futuro donde impere la conciencia social.

38 <http://132.248.35.1/cultura/ponencias/pon9.htm>, consultado el 26 de marzo de 2011. Bejar, Raúl y Rosales, Hector, *El pensamiento mexicano en el siglo XX*.

Bibliografía

- Ortega y Medina, Juan Antonio. *Polémicas y ensayos en torno a la historia*, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1970.
- Pi-Suñer Llorens, Antonia. *Historiografía mexicana. En busca de un discurso integrador de la nación, 1848-1884*, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1996.
- Clavigero, Francisco Xavier. *Historia Antigua de México*, Factoría Ediciones, México, 2000.
- Moreno, Heriberto. *En favor del campo*, Secretaría de Educación Pública, México, 1986. (Cien de México)
- Villoro Turanza, Luis. *Los grandes momentos del indigenismo en México*, Colegio de México-Fondo de Cultura Económico, México, 1996.
- Mora, José María Luis. *Obras completas*, Secretaría de Educación Pública, México, 1986, tomo IV.
- Paz, Octavio. *El laberinto de la soledad*, Fondo de Cultura Económica, México, 1950.
- Blancarte, Roberto. *Cultura e Identidad Nacional, Fondo de Cultura Económica-Consejo Nacional para la Cultura y las Artes*, México, 2007.
- Riva Palacios, Vicente (Dir.). *México a través de los siglos*, Editorial Cumbre, México, 12ª edición, 1975.
- <http://132.248.35.1/cultura/ponencias/pon9.htm>, Raúl Bejar y Hector Rosales, *El pensamiento mexicano en el siglo XX*, consultado el 26 de marzo de 2011.
- <http://www.inep.org/content/view/3574/100>, consultado el 28 de marzo de 2010. Florescano, Enrique. *México a través de los siglos. Un nuevo modelo para relatar el pasado*, *La Jornada Virtual 2002*.
- <http://www.insumisos.com/lecturasinsumisas/LA%20IDENTIDAD%20NACIONAL%20MEXICANA%20COMO%20PROBLEMA%20POLITICO%20Y%20CULT.pdf> consultado el 28 de marzo de 2011.
- Cazas Pérez, María de la Luz. *La temática y el quehacer implícitos en la reflexión de este siglo*, México, 1999.
- <http://www.ucm.es/info/especulo/numero45/jbpomar.html>, consultado el 27 de marzo de 2010. Inéz Aldao, María. “Pomar, el sujeto cercenado”, en *Especulo. Revista de estudios literarios*. Universidad Complutense de Madrid, 2010.